August Strindberg

CUENTOS

Ilustraciones de
Thorsten Schonberg

Traducción de
Francisco J. Uriz

Nørdicalibros
2012

Título original: *Sagor*

La traducción de este libro ha sido financiada por
Statens kulturråd / The Swedish Arts Council

© De las ilustraciones: Thorsten Schonberg
© De la traducción: Francisco J. Uriz
© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid
Tlf: (+34) 915 092 535
info@nordicalibros.com
Primera edición: febrero de 2012
ISBN: 978-84-92683-85-7
BIC: FX
Depósito Legal: M-4.470-2012
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gráficas EFCA
Torrejón de Ardoz

Diseño de colección
y maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón
y Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

August Strindberg

EN TIEMPO DE VERANO

En la época de San Juan, cuando en los parajes del Norte la tierra parece una novia, cuando el suelo se regocija, cuando la fuente aún mana, cuando las flores de la pradera se yerguen rectas y los pájaros trinan, fue entonces cuando la paloma salió del bosque y vino a posarse delante de la casa donde la nonagenaria madre yacía en la cama.

La vieja llevaba veinte años en cama y, por la ventana, podía ver todo lo que pasaba en la granja que cultivaban sus dos hijos. Pero ella veía el mundo y a las gentes a su manera particular, porque los cristales de las ventanas eran de todos los colores del arco iris; no necesitaba más que mover un poquito la cabeza para ver todo en rojo, amarillo, verde, azul y violeta. Si se trataba de un día de invierno en el que los árboles estaban cubiertos de escarcha como si llevaran hojas de plata, movía un poco la cabeza en la almohada y los árboles devenían verdes; era verano, los campos devenían dorados, el cielo azul; aunque fuese gris en sí mismo. De esa manera ella creía tener poderes mágicos, y nunca se aburría. Pero los cristales tenían otra virtud: al estar combados, lo que estaba fuera se veía unas veces agrandado y otras disminuido.

Así que cuando el hijo mayor llegaba a casa de mal humor, gritando, la madre lo deseaba de nuevo pequeño y bueno, e inmediatamente lo veía pequeño. O cuando los nietos correteaban por fuera y ella pensaba en su fu-

turo, entonces —un, dos, tres—, entraban en el cristal de aumento y los veía adultos, personas grandes, verdaderos gigantes.

Pero cuando llegaba el verano, ella hacía abrir las ventanas de par en par; porque la belleza que había fuera no la podían reproducir los cristales. Y fue entonces, en la víspera de San Juan, cuando más hermoso estaba todo y ella yacía tumbada mirando la pradera y los campos, cuando la paloma se puso a cantar. Cantaba la historia de Cristo y la alegría y el esplendor que reinan en el cielo y, con su dulce canto, daba la bienvenida a todos aquellos que estaban abatidos bajo sus cargas y hartos de las penas de esta vida.

La anciana la oyó, pero rechazó la invitación dando las gracias, porque la tierra estaba tan hermosa como el mismo cielo y no deseaba nada mejor.

Entonces la paloma voló a través del prado, hasta un bosquecillo donde había un campesino cavando un pozo. Se encontraba hundido en la tierra, a tres varas de la superficie, exactamente como si fuese su tumba.

La paloma se posó en la rama de un abeto y cantó las delicias del paraíso, segura de que el hombre, hundido en la tierra, sin ver el cielo, el mar o el prado, desearía estar allí.

—No —dijo el campesino—, primero tengo que terminar de cavar el pozo, porque si no mi inquilina, la veraneante, no tendrá agua, y entonces la pequeña y desgraciada dama se irá con su hijita.

La paloma voló hasta la ribera donde el hermano del campesino estaba sacando la red; y se posó en el cañaveral a cantar.

—No —dijo el hermano del campesino—, tengo que conseguir comida para la familia, si no los niños gritan de hambre. ¡Después, después! ¡Más tarde! ¡Ya habrá tiempo para el cielo! ¡Primero la vida, después la muerte!

La paloma voló hasta la casa donde vivía en el verano la pequeña dama desgraciada. Estaba sentada en la veranda, cosiendo a máquina. Su rostro era de una blancura deslumbrante bajo el sombrero de fieltro rojo que, como una amapola, coronaba su pelo negro, negro como un crespón de luto. Estaba cosiéndole un precioso delantal a su hija para que lo llevase el día de San Juan, y la niña estaba sentada a sus pies, recortando los trozos de tela que le daba la madre.

—¿Por qué no vuelve papá a casa? —preguntó la pequeña.

Era esa la difícil pregunta que la joven madre no podía contestar, y probablemente tampoco el padre, que en tierras lejanas arrastraba su pena, el doble de grande que la de la madre.

La máquina de coser iba mal, pero cosía y cosía; tantas puntadas como puede aguantar un corazón humano, justo antes de desangrarse; y cada puntada fijaba el hilo con más firmeza —¡qué raro!

—¡Hoy quiero ir al pueblo, mamá!, y quiero ver el sol; aquí todo es muy oscuro.

—¡Esta tarde irás al sol, hijita querida!

En realidad, allí reinaba la oscuridad, entre las altas rocas de aquella ribera de la isla, y además la casa estaba rodeada de abetos negros que ocultaban la vista, incluso hacia el mar.

—Y quiero que me compres muchos juguetes, mamá.

—¡Hija mía, tenemos muy poco con que comprar! —contestó la madre inclinando aún más la cabeza hacia el pecho.

Y esa era la verdad, porque el bienestar se había trocado en dificultades: no tenían criados ese verano y la madre tenía que hacer todo ella sola.

Pero, al ver la triste mirada de la hija, la subió a sus rodillas.

—¡Dale un abrazo a mamá! —dijo.

La niña lo hizo.

—¡Dale ahora un beso a mamá!

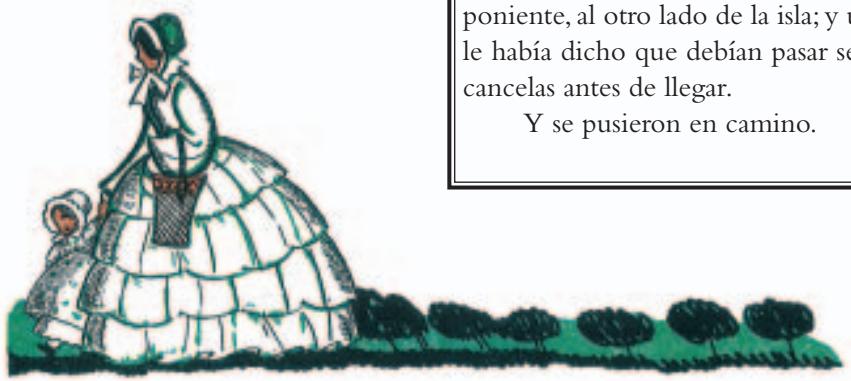
Y se lo dio una boquita medio abierta como el pico de un pajarillo y, cuando la madre recibió la mirada de aquellos ojos azules como la flor del lino, su bello rostro resplandeció con la inocencia de la hija y pareció también una niña feliz a la luz del sol.

—Aquí no voy a cantar las glorias del paraíso —pensó la paloma—, pero si las puedo ayudar, lo haré.

Y se fue volando al Pueblo del Sol, donde tenía tarea.

Llegó la tarde; la pequeña señora se echó la cesta al brazo y le dio la mano a la niña para emprender camino. No había estado nunca en el pueblo, pero sabía que estaba en la parte de poniente, al otro lado de la isla; y un campesino le había dicho que debían pasar seis vallas y sus cancelas antes de llegar.

Y se pusieron en camino.



Primero anduvieron por un sendero con piedras y raíces de árboles, y tenía que llevar en brazos a la niña, lo que era bastante pesado. Los médicos le habían desaconsejado a la niña forzar el pie izquierdo, porque lo tenía tan débil que corría peligro de que le creciese torcido.

La joven madre se doblaba bajo su dulce carga, y las gotas de sudor perlaban su rostro porque en el bosque hacía calor.

—Mamá, tengo mucha sed —se quejó la pequeña.

—Hijita querida, ten paciencia, te daré agua cuando lleguemos.

Besó los resecos labios de la pequeña y la niña se echó a reír, olvidando la sed.

Pero el sol quemaba y no corría ni pizca de aire en el bosque.

—Ahora trata de andar un poco —dijo la madre, y bajó a la niña al suelo.

Pero el piececillo se le doblaba y la niña no podía andar.

—¡Estoy tan cansada, mamá! —se lamentó la niña sentándose a llorar.

Pero en la tierra crecían campanillas de color rosa pálido que olían a almendras; y la

niña nunca había visto antes unas florecillas así; y entonces volvió a reír, de manera que la madre se sintió reconfortada y pudo continuar el camino con la niña en brazos.

Ahora estaban ante la primera valla, y la cruzaron y echaron el pestillo con sumo cuidado.

Entonces se oyó un grito, como un poderoso relincho, y un caballo suelto se colocó en mitad del camino relinchando; y su relincho fue contestado en el bosque a derecha e izquierda y todo alrededor, retumbaba el suelo, se partían ramas y rodaban piedras. Y las dos estaban allí solas y abandonadas a su suerte en medio de un grupo de caballos sueltos.

La niña escondió la cabeza en el pecho de la madre y su pequeño corazón latía de angustia como un reloj.

—¡Tengo mucho miedo! —susurró.

—¡Oh, Dios de los cielos, ayúdanos! —imploró la madre.

Entonces se oyó cantar a un mirlo entre los abetos; y qué curioso, en el mismo instante

los caballos se alejaron cada uno en una dirección; y se hizo de nuevo el silencio.

Llegaron a la segunda valla y colocaron el pestillo.

Allí había un campo en barbecho y el sol quemaba con más fuerza que en el bosque. Los tormos de tierra grises estaban alineados en largas filas; pero, llegadas a una pendiente, vieron cómo se movían los terrones: eran los lomos de un rebaño de ovejas.

Las ovejas son animales bondadosos, los corderos en particular, pero el carnero es una bestia con la que no se debe jugar, que gustoso ataca a aquellos que no le han hecho ningún daño. Y se colocó en mitad del camino, saltando la zanja. Agachó la cabeza y fue hacia atrás.

—¡Mamá, tengo mucho miedo! —dijo la niña, y su corazón latía con fuerza.

—Oh, Dios del cielo misericordioso, ayúdanos —suspiró la madre, mirando suplicante hacia la bóveda celeste.

Y allí, aleteando como una mariposa, revoloteaba una pequeña alondra; y cuando em-

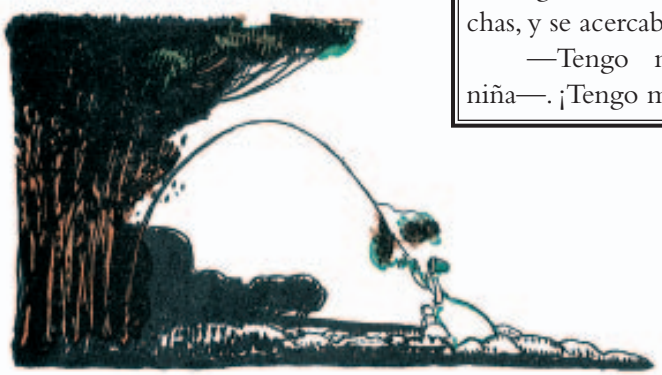
pezó a cantar, desapareció el carnero entre los grises terrones.

Luego llegaron a la tercera valla. Allí el suelo empezó a hundirse; se les humedecieron los pies, y es que aquello era una ciénaga. Los montículos parecían pequeñas tumbas con flores blancas, hierba algodonera o junco lanudo; y había que andar con cuidado para no hundirse en el barro. Allí crecían bayas negras, que eran venenosas, y la niña quería cogerlas; pero no la dejó la madre y por eso se entristeció, porque no comprendía lo que significaba venenoso.

Mientras avanzaban, notaron un paño blanco que se movía entre los árboles; se ocultó el sol, y se hizo en torno a ellas una blanca oscuridad que era aterrorizadora.

Y en lo blanco surgió una cabeza con una estrella blanca y dos cuernos torcidos y la cabeza mugió. Y allí aparecieron varias cabezas, muchas, y se acercaban cada vez más.

—Tengo miedo, mamá —susurró la niña—. ¡Tengo mucho miedo!



La madre dio un paso a un lado y se hundió en la ciénaga, entre dos montículos.

—¡Oh, Dios mío, todopoderoso, misericordioso, ten piedad de nosotras! —gritó la madre desde el fondo de su alma.

Y entonces se oyó el viento marino, el poderoso viento marino, pasar a través del bosque; los árboles se doblaban humildemente ante el gran espíritu y un pino joven se inclinó; algo susurraron desde la copa al oído de la infortunada; y cuando ella, con una mano, hubo agarrado una rama, el pino se enderezó sacando a la desesperada del barro.

En ese mismo instante se esfumó la niebla; el sol volvió a brillar, y se encontraron ante la cuarta valla. Y la madre, que había perdido el sombrero, le secó las lágrimas a la niña con sus negros cabellos y, cuando esta respondió, con una sonrisa, resplandeció el pobre corazón materno, olvidó todo el dolor pasado y se vio con nuevas fuerzas para llegar a la quinta valla.

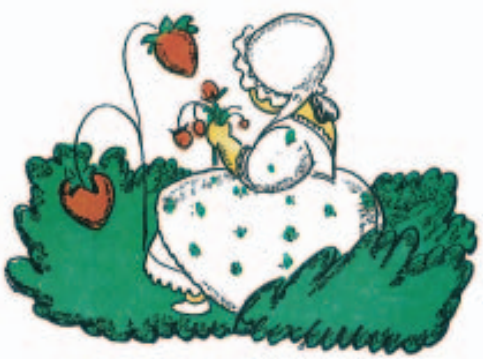
Entonces se le alegró el corazón porque vio las tejas rojas de los tejados y banderas; y a

lo largo del camino crecían arbustos, bola de nieve y escaramujo, de dos en dos, justo como si hubiesen estado enamorados, la blanca bola de nieve y el rosado escaramujo.

La pequeña ya podía andar, y fue recogiendo flores hasta llenar el cesto donde su muñeca Lisa podría dormir la noche de San Juan, envuelta en felices sueños.

Siguieron su camino alegres, de nuevo despreocupadas, porque ya solo les quedaba cruzar un bosquecillo de abedules y habrían llegado. Ahora el camino subía en una pequeña cuesta y, cuando al llegar arriba doblaron a la derecha, se encontraron cara a cara con un toro.

Era imposible huir y, abatida, la madre cayó de rodillas, colocó a la niña delante de ella, inclinó la cabeza, protegiéndola con sus negros cabellos que colgaban como un velo negro, y con los brazos levantados rezó una silenciosa oración. De la frente le caía el sudor de la angustia, como rojas gotas de sangre, hasta el suelo.

—¡Oh, Dios mío —rogó—, llévate mi vida, pero no la de la pequeña!

Entonces se oyó un aleteo en el aire y, cuando levantó la mirada, una paloma blanca volaba hacia el pueblo y el toro ya había desaparecido.